

de causas puramente naturales, ó podrá ser más bien un aviso ó un castigo de la Providencia divina? ¿Qué nos dice la ciencia acerca de ese azote? ¡Ah! La ciencia conoce á fondo su origen: sabe que él tiene su nacimiento en las márgenes de aquel famoso río, sagrado para el indio, donde el sacerdote de Brahma hacía sus abluciones; país de extensas llanuras, de bosques vírgenes, de vegetación exuberante, donde una flora magnífica ostenta juntos el pino, el castaño, el roble, el sicomoro, el cedro y la magnolia; es decir, tierra donde el hombre de fe contempla, mejor que en sitio alguno, ese singular espectáculo de una naturaleza degenerada y enferma, que hace salir la muerte de la vida, y de una Sabiduría y una Providencia infinitas, que sabe sacar la vida de la muerte. Pero á partir de estos datos, ya la ciencia se perderá en hipótesis. Si esa epidemia terrible viene siempre de la India, ó si se reproduce en otros continentes por la fuerza de sus antiguos gérmenes; si sigue la dirección del viento, ó el paso del guerrero y del peregrino; si se transmite por contagio directo ó indirecto, ó si se forman realmente en el espacio atmósferas coléricas; si puede subir á todas las alturas, ó se agota su potencia morbígena á tantos miles de metros; y, más que esto todavía, cuál sea, para combatirle, el tratamiento más adecuado, más eficaz, más decisivo: ¡oh! eso, eso no se atreve á establecerlo inconcusamente la ciencia. El médico, Excmo. Señor, ese miembro de nues-

tras sociedades, que cuando no es materialista ó escéptico, cuando sabe apreciar lo que vale una vida y lo que vale un alma, es para mí el sacerdote del hogar y el sacerdote de los hospitales; hombre cuyas recompensas, por generosas que sean, están siempre por bajo de su misión y de sus heroísmos; el médico, repito, me admira y me subyuga junto al lecho del invadido ó á la cabecera del moribundo; pero él no podrá menos de confesar, si la soberbia no le ciega, que allí se ciernen y se esconden con frecuencia secretos y misterios de los que sólo Dios tiene la clave.

Mas ¿adónde voy, señores? que al divagar de esta manera yo no he contestado aún á mi pregunta. Sea lo que quiera esa enfermedad despiadada que hace tan numerosas víctimas, ¿habrá intervenido en su aparición entre nosotros un poder superior que la decrete ó la permita? ¡Ah, hermanos míos! La doctrina de la Iglesia Católica, fundada en las divinas Escrituras, nos enseña muy elocuentemente que las calamidades generales que afligen á los pueblos suelen ser la merecida pena de sus grandes extravíos, y el llamamiento de la gracia para atraerlos á mejores caminos. ¿Y quién, señores, quién que acepte siquiera la verdad revelada de un Dios Creador y de un mundo creado, osará sostener que la sociedad que nos rodea no viene provocando, hasta la insensatez y el delirio, la indignación del Cielo? Yo no he de entrar hoy en el examen de las tremendas desgra-

cias que pueden sobrevenir sobre esta sociedad corrompida. Sé bien que hay un género de barbarie en la historia que no debe, que no puede volver nunca, porque el Hombre-Dios no vertió en vano su Sangre preciosísima. No creo que el mundo pueda contemplar de nuevo los horrores de la esclavitud antigua, ni los despotismos de la patria potestad en el hogar doméstico, ni los combates de los gladiadores, ni aquellas crueldades de los *lanistas*, que los formaban y adiestraban; pero, en cuanto es posible, esta sociedad extraviada y delirante parece renovar de algún modo los errores de los antiguos filósofos, las intrigas del Senado y del Foro romanos, las extravagancias del circo, las monstruosidades de la arena, las obscenidades del teatro, las locuras de otros mil espectáculos. Enfrente de esos símbolos católicos, llenos del vivo deseo de adorar al Señor, del anhelo de su gloria, de la sed de ganar almas para que éstas alcancen las eternas recompensas, la sociedad contemporánea ha adoptado otros símbolos, símbolos materialistas y ateos, que ella ensalza con cínicos acentos. En esos símbolos se deifica la materia, se entroniza la sensualidad, se sueña con el lujo y el fausto, se menosprecia la virtud, se desconoce la caridad, y hasta se esterilizan, con la ausencia de los principios morales, las conquistas legítimas de la ciencia humana. Y en tal medida se ha propagado el mal, se ha cancerado la llaga, que vemos á cada paso no pocos corazones que se

precian de conservar la fe, que se estremecen con cristiano terror ante la idea de perderla, y han mezclado y confundido, no obstante, las nociones del símbolo católico con las nociones de aquel símbolo neo-pagano, como si los verdaderos hijos de Dios pudieran ser á la vez ciudadanos de la ciudad divina y de la ciudad terrena.

Excmo. Señor: ¡Cuánto consuela al alma contemplar, al lado de los dolorosos cuadros que he descrito, este imponente acto, con el cual vosotros, representantes de la autoridad civil, dais claro testimonio de examinar la historia desde las alturas de la fe, confesando que en todos los graves problemas de la vida, el mundo, el mal, el dolor, la guerra, las enfermedades, la muerte, no veis, como ve el incrédulo, anillos aislados, premisas sin concierto, cuando no soluciones fatalistas, sino los sucesos encadenados de una creación, una caída y una restauración de la humanidad entera, y la realidad de una Providencia Infinita que cuida lo mismo de la flor y del ave que del hombre y del cielo; reconociendo al mismo tiempo que la legislación, el derecho, la filosofía, la literatura y el arte son amados, protegidos, ensalzados por la Iglesia Católica, siempre que ellos no sean la negación de Dios y de su Cristo, la negación de la Iglesia y de sus Sacramentos, la negación de las virtudes cristianas, de los amores divinos y las verdades eternas.

Yo no ignoro, señores de este ilustre Munici-

pio, que existen en vuestro seno hombres que profesan distintas opiniones, que acarician distintos ideales políticos; pero todos vosotros ¿cómo me atrevería á dudarlo? sabéis bien que el Catolicismo es un campo neutral, un asilo seguro, donde, aparte del error y del vicio, que no pueden coexistir con la verdad y el bien, caben todos los sistemas, y todas las aspiraciones, y todas las glorias. El Catolicismo reconoce y acepta todas las formas de gobierno legalmente establecidas; y su Pastor Supremo supo amparar las democracias y las repúblicas cuando ellas eran creyentes y administraban los pueblos en amor y justicia. La Iglesia y sus Pontífices condenan las Monarquías injustas y tiránicas: ¡cuántos Monarcas de la tierra llenaron de amargura el corazón de los Vicarios de Cristo! Pero la Iglesia mira con el mismo horror esas repúblicas anticristianas y ateas que desconocen los derechos de la Iglesia de Cristo y los títulos que presentan á la gratitud de los siglos; que, pronunciando á toda hora las palabras de *libertad é igualdad*, cuyo sentido falsearon, sólo consumen su actividad y su tiempo en atesorar rencores, en difundir calumnias, en combinar ataques contra la Iglesia, contra su Vicario, contra su Sacerdocio. Y por desdicha nuestra, Señor Excmo., los defensores de las repúblicas en la moderna Eúropa, la inmensa mayoría de los que anhelan y procuran esa forma de gobierno en nuestra misma Patria (yo no acierto á adivinar

por qué), se han declarado hostiles á la Iglesia Católica; se envanecen y alardean de ser nuestros más encarnizados enemigos. Pues mientras esos hombres no acepten todos los dogmas católicos, no reconozcan todas las santas libertades de la Iglesia católica, sepan que nosotros, Sacerdotes de Cristo, hijos del pueblo, obreros del pueblo, pobres del pueblo, amantes como pocos del bienestar del pueblo, estrechados por los deberes ineludibles de maestros de la doctrina evangélica y de pastores del espíritu, combatiremos en todas partes, destruiremos, á ser posible, todos sus trabajos y sus doctrinas, porque el error y el mal no tienen, no pueden tener derecho alguno á extenderse ni á producirse.

Y ahora sólo me resta, Señor Excmo., complacerme en creer que todos los individuos de esa Corporación tan respetable é ilustre, hijos de madres piadosísimas, regenerados en las cristalinas aguas de nuestras fuentes bautismales, rodeados de tiernos seres que aprendieron desde la infancia á bendecir los nombres de Jesús y de María, habéis de conservar siempre con acendrado amor la fe de vuestros mayores. Gracias, por tanto, en nombre de esa Virgen, por vuestra religiosidad, por vuestra devoción, por vuestro ejemplo, por estos esplendorosos cultos.

Y estad firmemente ciertos, y estadlo asimismo vosotros, miembros de la Hermandad Venerable que dedica los más generosos esfuerzos á ensalzar

las excelencias de María y el Patronato de esa Imagen bendita; estad ciertos, repito, de que en premio de vuestra piedad y vuestros afanes, Ella será escudo de vuestra vida, recreo de vuestra conciencia, abundancia de vuestra fortuna, paz de vuestros hogares, donde los hijos de vuestras entrañas serán contados en el número de aquellas generaciones elegidas que, por su amor y su obediencia, ciñen la frente de sus padres con inmarcesibles coronas.

Una palabra no más para todos los que acudieron hoy bajo estas sagradas bóvedas, y termino este largo discurso. Yo estoy cierto de que vosotros todos, fieles custodios de vuestras antiguas creencias, considerando en la Natividad de la Virgen María la majestad inefable de los Misterios de Dios, el cumplimiento de las eternas promesas, los encantos de la naturaleza creada, los tesoros inescrutables de la gracia infinita, la radiante luz de nuestra historia y el sol de vuestras esperanzas, habéis de tributar constantemente á esa Patrona Excelsa todo aquel honor, y aquella gloria, y aquel reconocimiento que tendrán un día por recompensa los bienes de más perdurable vida. Pero considero, además, que como nobles hijos de esta hidalga tierra castellana, á la que amáis con entusiasmo, casi diré con delirio; como poseedores de esos hermosos campos, legado inestimable de cuarenta generaciones, tenéis un doble vínculo que os obliga dulcemente á conservar la religio-

sidad de vuestros abuelos ¿Sabéis por qué? Porque entre las heredades de la tierra, fecundada por el trabajo, y las generaciones rectas á quienes fueron transmitidas, hay relaciones que conmueven. El campo con sus verdores, con sus árboles, con sus canales y con sus mieses, cautiva los corazones sencillos y los eleva á la adoración de Dios y á la contemplación de sus Atributos; y estos corazones ingenuos y creyentes miran los campos con el mismo amor que á su hogar, porque el hogar se nutre de la substancia y los frutos de la tierra. Por el contrario, el entendimiento desvanecido, el espíritu soberbio, el corazón seco ó impío, el hombre que degenera y decae, menosprecia el surco que recibe la semilla, la vid que extiende sus brazos, el árbol que presta sombra, el arroyuelo que produce abundancia; y arrastrado por pasiones desordenadas, soñando con riquezas y placeres, lánzase frecuentemente á empresas que puedan proporcionarle el goce de todos sus apetitos, y en las que suele hallar al cabo la angustia y el desengaño, la desesperación y la ruina.

He concluído, hermanos míos; y yo os exhortaré, por último, á que elevándoos de los mundos de la naturaleza á los mundos de la gracia, fijéis vuestra mirada en esa Virgen pura, y, según el estado de vuestro espíritu, la dirijáis una plegaria ó un cántico; que en las manos de la Madre de Dios están los tesoros de las bondades del Altísimo. Vosotros, los que sufráis y lloréis, decid cada

uno á María con espíritu resignado: «¡Madre mía de San Lorenzo! Acepta mi dolor y mis lágrimas, haciéndolos fecundos para la virtud y el bien; y si los seres que he perdido necesitaran purificarse en aquel lugar creado por los misteriosos acuerdos de la Justicia y la Clemencia Infinitas, alcanza del Señor que los conduzca á los alcázares de la gloria.» Vosotros, los corazones felices, decid á María igualmente: «¡Madre mía de San Lorenzo! Haz que mi dicha no llegue á entibiar nunca los fervores de mi fe, ni á turbar el reposo de mi conciencia, y dignate otorgar tu protección y tu auxilio á los seres que amo.» Tú, Valladolid católica, ciudad próspera y deleitable, llena hoy de aflicción y de luto, acude ante los altares de María, clamandó de este modo: «¡Madre mía de San Lorenzo! Pronuncia ya entre nosotros estas dulces palabras del *Cántico de los Cánticos*: «Huye, Aquilón, cierzo cruel que marchitas mis plantas y mis flores; ven tú, Austro, soplo suave y bienhechor, para reanimar su vida y para que exhale sus perfumes (1).» Haz ¡oh tierna Madre nuestra! que todos estos hijos que hoy te ensalzan y bendicen con sus himnos y con sus luces, con sus sonrisas y sus lágrimas, con el tributo de una inteligencia humilde, con los suspiros de un corazón tierno, con las aureolas de muchas almas puras, con el oloroso incienso de los espíritus contritos,

(1) *Cant.*, IV, 16.

con los votos de una fidelidad constante; y yo, que ofrezco ante tus plantas sus ofrendas y sus homenajes, alcancemos la dicha de merecer tu amor, y de escuchar de tus labios estas consoladoras palabras: «Los que me esclarecen tendrán la vida eterna.» *Qui elucidant me, vitam æternam habebunt.* Amén.

